

“EL COBRA”

Su sangre, gota a gota,  
rompe mi camisa blanca;  
tiembla su puño  
bajo mi mandíbula.

Le llamaban “el Cobra”.

Silencio,  
tensión de lápices detenidos,  
se acelera el pulso del aula  
tras las miradas de tiza,  
lluvia de vidrio  
y una alfombra de cautela  
ante el rojo veloz.

“El Cobra” titubea.

Furtivo,  
el más pequeño de la clase pide ayuda.  
Hervor de tendones tras mi piel,  
templanza en el mentón.  
Grita.  
Las gotas de su ira arrastran  
las siete palabras lejos,  
lejos del jardín donde me oculto:  
“¡Te voy a matar, hija de puta!”

Le llamaban “el Cobra”.

Alzó su cabeza-vela  
contra mi indiferencia,  
contra la madre de metal  
que lo nutrió invisible.  
Hurto, tráfico y fugas  
para brillar en el seno reseco  
de un hogar cicatrizado con desdén,  
ciénaga de besos, cartuchos de desprecio.

Se llamaba David.

David, cadenas en la infancia  
a las patas de una cama;  
David, de veneno y calle  
en la planta de los pies.

Bajó el puño.  
Se lo llevaron.

Creó su madre a la cobra.  
Moría, escamas y frío,  
el niño David.

*Y SE QUEDARÁN LOS PÁJAROS CANTANDO*  
(Moguer – Casa de Juan Ramón Jiménez)

De cal y luz es este viaje.  
Aún redoblan aquellos pájaros  
al culto de tus versos,  
aún trenzan tus estrofas  
el verbo exacto de la tarde.  
Por el envés de tu pluma  
llego a la desnudez de tu huerto  
y ese Tú que queda en pie  
me teje nueva a este aire.  
Hierven tu poniente, tu aurora  
y dejan en la piel de los años  
sinrazón de luna; cáscara púber  
que me vuelvo a vestir hoy  
por cuajarme en tus pisadas,  
abrigarme en tus muros,  
hundirme en tu pozo,  
resucitar contigo.